

SOBRE LAS OLAS¹

Carlos Véjar Pérez-Rubio

La brisa soplaba suave en el malecón de La Habana, ondulando el mar y meciendo las palmeras. Atardecía. El murmullo apagado de las olas trepaba por la barrera de piedra y penetraba en los oídos de la multitud, mientras allá, cruzando la bocana, el Morro vigilaba. En realidad, del kiosco a la orilla del mar no había más que unos cuantos metros. La expectación del público era notoria. Atriles y músicos esperaban formales en sus sitios.

Cuando Presa dio la señal y comenzó a oírse en graves la rumorosa entrada del vals, los rostros se crisparon. Carruajes y personas en las cercanías detuvieron su andar y acudieron al llamado. El ambiente todo quedó petrificado por el hechizo de esa melodía en ascenso que se deslizaba en el alma colectiva de los cubanos ahí reunidos. Las olas que llegaban a morir en la playa producían, a contrapunto, un rumor que armonizaba, pianísimo, con la ejecución de la banda mexicana.

Cadencia, color, romance, ritmo, metales relucientes, alientos y percusiones... ojos febriles clavados en las partituras, mejillas hinchadas arrancando los sonidos de las trompetas y las tubas y los trombones, manos oficiantes que convocan de cuando en cuando a los platillos a su vibrante cita... sudor que escurre y empapa la piel morena, encuentro que transforma y enaltece. La concurrencia se miraba sorprendida. Cuando se apagó la última nota el aplauso fue unánime, cerrado, cálido como esa tarde húmeda, tropical, y el pueblo generoso que estaba presente.

“Yo estaba allí –escribe Julio Sesto en su libro *La bohemia de la muerte* (Ed. Tricolor, México, 1929)– con el Ministro de México, don Ricardo García Granados, y recuerdo que me hizo ver que, a pesar de haber caído una ligera llovizna, la gente no se había movido de su sitio, para no perder detalle de aquella melodía. “Chico –decían a nuestro alrededor con entusiasmo–, no conocíamos este vals, mira tú, que maravilla... *Sobre las Olas*. ¡Así se toca un vals!” Y como los músicos llevaban en las gorras unos “gallos” o penachos negros de plumas, de gallos, los cubanos los

veían desconcertados y entre asombro y relajó, exclamaban:

—¡Qué gallitos, eh!

—Sí... ¡pero estos gallitos cantan!

“El ministro de México –continúa narrando Sesto– hacíame ver el color bronceo de los muchachos de la banda, que se distinguía perfectamente entre la muchedumbre cubana... un color muy especial, un tueste que sólo da el sol de México. Y el público también los veía con asombro y los oía con más asombro todavía, después de aquella *Aida* en que Lorenzo Vega conmovió con el sonido de su trombón dulcísimo y después de aquel *Sobre las Olas*. Esos instantes de profunda solemnidad musical y de emoción inesperada jamás podremos olvidarlos quienes tuvimos la suerte de estar presente en esa audición”.

El Malecón en aquel tiempo no llegaba, como ahora, hasta el castillo de la Chorrera y el túnel del río Almendares. Abierto ante la espléndida línea del litoral, más por razones de salubridad y ornato público que para mejorar el tránsito de la ciudad caribeña, se extendía sólo desde el Castillo de la Punta hasta la Calzada de Belascoaín. Lo habían bautizado con el nombre de Avenida del Golfo y es un hecho que fue una de las obras que más embellecieron La Habana, además de proporcionar a sus pobladores el mejor lugar de esparcimiento, batido siempre por la refrescante brisa marina. En su arranque, frente al extremo del Prado, se elevaba una pequeña glorieta de cemento, de discreto estilo helénico, donde solía situarse la Banda Municipal para ofrecer conciertos algunas noches. El lugar era de los más frecuentados de la capital.

Ese año –1908–, cuentan las crónicas de la época, pasó por La Habana la Banda de Policía de la Ciudad de México camino a un certamen en Estados Unidos. Y por una deferencia a las autoridades municipales y a los músicos de la ciudad, que le habían ofrecido un banquete en el Hotel Sevilla, la gran corporación armónica del maestro Presa accedió a dar un concierto en ese kiosco, envuelto siempre en el rumor de las olas vecinas. Y fue precisamente *Sobre las Olas*, el vals mexicano compuesto por Juventino Rosas hacía sólo un par de décadas, la pieza que cautivó a la audiencia. Aclaremos que ya para entonces ese vals,

¹ Una primera versión de este artículo fue publicada en el periódico *Excelsior*, de México, el sábado 22 de junio de 1991, y posteriormente en el libro del autor titulado *Oanis. Crónicas y relatos de la arquitectura y la ciudad* (Ed. Gernika, México, 1992).



inspirado en el murmullo de los manantiales de Contreras, había adquirido celebridad en el mundo entero y era interpretado por las mejores orquestas en las cortes de Berlín, de Viena, de San Petersburgo... en los salones de París, de Londres, de Estocolmo, alternando con lo mejor del repertorio de los Strauss, de Lehar, de Waldteufel.

Juventino Rosas, el joven bohemio mexicano que una tarde tendió el arco sobre las cuerdas de su violín para arrancarle esas notas memorables, había muerto hacía unos años, en 1894, no lejos de La Habana, en un hospital del Surgidero de Batabanó, víctima de un mal hepático de esos que alimentan la pobreza y la desilusión. Se había embarcado para Cuba tiempo atrás, unido a una compañía de zarzuela, desdeñando la gloria que tantos quisieron arrancarle, porque en esto de la paternidad del célebre vals vendido en 17 pesos a la Casa Wagner –que lo difundió por el mundo haciendo el gran negocio– es bien sabido que hubo muchos plagiaros que ni siquiera eso querían dejarle al humilde músico provinciano. El descaró y la impudicia llegaron a tal extremo que el Ministro de México en París tuvo que intervenir para impedir los fraudes, certificando que *Sobre las Olas* era original de un compositor mexicano de nombre Juventino Rosas, nacido en un pueblecito del Estado de Guanajuato en 1868, al que su padre había enseñado a tocar el violín antes de su tránsito fugaz por el Conservatorio de la Ciudad de México.

La apreciación crítica que todavía subyace en nuestro tiempo en relación a los artistas, juzgándolos más por su aspecto, pose e imagen publicitaria, que por su talento verdadero, afectó, sin duda alguna, a este compositor nuestro. Y aunado, a ello, le afectó también el nocivo “malinchismo”, ese arraigado cáncer que nos corroe y

diluye al hacernos creer que todo lo extranjero es mejor. Escribe Julio Sesto, justamente indignado:

Por una coincidencia étnica muy natural, que determinó que los mexicanos sean prietitos en su mayor parte, y por otra coincidencia climatológica y de altura, que causa cierta pereza y apatía en el individuo, ha resultado, con mucha frecuencia, que algunos artistas sean poco simpáticos; poco estéticos en su persona y un tanto abandonados en su modo de ser...

De aquí, la ruina social y económica de hombres como Abundio Martínez y Juventino Rosas, que no podían caber en los salones donde cabía su música, por inadaptables –los individuos a los salones–...

Esta mala facha física e indumental de muchos artistas de México, hízoles un daño terrible. Hasta en los Repertorios, cuando iban a proponer una composición para editar, los “pulcros” alemanes, atentos a la humildad del compositor, no podían comprender que la música que oían pudiera ser buena, si la producía casi un mendigo...

¡Ay, mi pobre Juventino; cómo no compusiste tu *Sobre las Olas* en Viena... te hubiera hecho rico de dineros, de gloria y de amor!

La muerte del compositor en plena juventud –26 años–, en el más oscuro anonimato, en la indigencia casi, pasó inadvertida en su momento para propios y extraños. Su violín, roto como el de León Felipe, se perdió para siempre. Sería hasta 1909, en vísperas de las fiestas del Centenario, que se trasladarían sus restos a la capital mexicana. Reposan desde entonces en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Dolores. Tardío reconocimiento, como suele suceder con tanta gente de valía.

Pero un consuelo nos queda. Cuenta la leyenda que en las tardes lluviosas, cuando se acerca la gente de buena fe al sitio donde se ubicaba el kiosco de las retretas del Malecón de La Habana, puede escucharse aún, sobre las olas, el rumor de la melodía del vals inmortal, ejecutada por los morenos músicos de aquella banda mexicana dirigida por el maestro Presa. Y entonces, la esperanza resurge y el alma se conforta. 📖

Carlos Véjar Pérez-Rubio (Ciudad de México, 1943). Arquitecto mexicano, Maestro en Historia del Arte y Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Fue investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) y profesor de la Facultad de Arquitectura de la UNAM. Autor de siete libros individuales, los más recientes de ellos *Las danzas del huracán. Veracruz y La Habana en los años treinta* (Conaculta, CIALC-UNAM, 2014) y *Amanecer en las islas. Rutas y retos de la integración de Nuestra América* (CIALC-UNAM, 2015). Es Director General de *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*.